

PE 2715

Fedema

Ob. Ayulo Laos

I.

LIBERA OJEADA A LOS SUCESOS DE LA GUERRA DE LA INDEPENDENCIA DESDE SETIEMBRE DE 1820 HASTA SETIEMBRE DE 1823.

Al pisar el Jeneral San Martin las playna de Pisco en Setiembre de 1820, con la espedicion libertadora, que zarpó de las costas de Chile, daba principio á la grande cuanto peligrosa obra de libertar el Perú, destruyendo la dominacion española en el centro de su poder, cimentada hacia trescientos años y sostenida por veinte mil soldados en el Alto y Bajo Perú, aguerridos la mayor parte en las campañas que siempre victoriosas emprendieron desde 1809.

Si solo se considerara el estado de las fuerzas materiales de los belijerantes, la empresa de San Martin podria ser mirada como propia de la temeridad de un aventurero en busca de fortuna, si no se tuviera presente que aunque su ejército apenas llegase á cuatro mil quinientos argentinos y chilenos, á mas del valor y audacia de estos, contaba con la opinion de los pueblos que se proponia libertar, con su

cooperacion eficaz y con lo heroico de la causa, capaz por sí sola de enardecer con su novedad y encanto la imaginacion y los corazones de cuantos sintiesen los impulsos del patriotismo ó fundasen esperanzas en el porvenir.

Así sucedió en efecto: apenas desembarcó la expedicion libertadora, cuando conmoviendose los ánimos de toda clase de personas sin distincion de edad, ni sexo, se les vió desplegar esos esfuerzos maravillosos de abnegacion, de valentia y entusiasmo, que en las conmociones extraordinarias de los pueblos y en sus transformaciones políticas son indispensables para el triunfo de su causa, ó en los graves peligros públicos para la salvacion de la patria.

El ejército expedicionario, despues de destacar una division de poco mas de mil hombres al mando del Jeneral Arenales para el interior del país, en el que hizo una campaña admirable, se reembarcó en Pisco dirijiendose al puerto de Huacho en donde volvió á saltar en tierra para situarse en Huaura á la derecha del río de este nombre, distante solo treinta leguas de la capital, obteniendo cuantos recursos necesitaba para emprender sus operaciones, mientras que el de los españoles veia disminuir de día en día los suyos, de tal suerte que al cabo de un año de la venida de San Martin pudo haberse sellado definitivamente la independencia del Perú.

No habian aun evacuado los españoles la ciudad de Lima, y ya se habian hecho independientes de la dominacion colonial Huamanga, Jauja, Tarma, Huánuco, Huarás, Trujillo y las demas provincias del Norte, así como Tacna y Moquegua en el Sur: Guayaquil hacia igual esfuerzo con su numerosa guarnicion, al que siguieron Cuenca y Loja: contribuyendo de este modo bajo los auspicios de San Martin á estender el territorio independiente por todo el Norte de la capital hasta cerca de Quito, aislando á las tropas españolas que dominaban esta ciudad.

La marina de los realistas recibia un golpe mortal con la inaudita hazaña de la toma de la fragata *Esmeralda* dentro de la bahia del Callao y bajo el fuego de las fortalezas; y los ejércitos con la pérdida del batallón *Numancia* que se pasó á las filas de los independientes. La aurora de esa gloriosa lucha fué ilustrada con las acciones parciales pero brillantes de Ica, Nasca, Acari, Chancaillo, Pescadores, Mayoc, Huancayo, y principalmente con la victoria de Pasco que en 6 de Diciembre de 1820 obtuvo el Jeneral Arenales sobre las fuerzas de O'Reilly y con la de Mirave cerca de Taena que el infatigable Miller alcanzó contra las de La-Hera en 22 de Mayo de 1821.

Esta série de felices sucesos obligó á los españoles á abandonar la capital del Perú, la que en Julio de 1821 abrió sus puertas á los libertadores, quienes en vez de perseguir á aquellos los dejaron retirarse tranquilamente hasta la provincia rica y abundante de Jauja, en donde con facilidad pudieron reorganizarse y cobrando nuevo aliento volvieron á socorrer la plaza del Callao, en la que todavia ondeaba el pabellon de Castilla.

El Jeneral Canterac salió de Jauja á fines de Agosto con una fuerza de tres mil infantes y novecientos caballos, tropas todas de excelente calidad; descendió sobre la capital el 9 de Setiembre y ostentando un lujo de diestros movimientos militares pasó al Callao el 10 delante del ejército patriota que aunque contaba mas de siete mil soldados, la mitad por lo menos eran reclutas.

Sin embargo esta marcha fué para los españoles no solo inútil sino de consecuencias desastrosas; por que no produjo otro resultado que exaltar el entusiasmo de Lima, cuya poblacion se armó en masa y decidir á la guarnicion del Callao á capitular, entregando sus importantes fortalezas, al convencerse de que no tenia esperanza de auxilio con la fuerza re-

tirada de Canterac, que se verificó en un estado equivalente á una derrota. San Martín obró sabiamente con su actitud reservada y amenazante; y consiguió con ella lo que tal vez no habria logrado en una batalla, atendida la calidad de sus tropas.

Las disenciones suscitadas en esas circunstancias entre él y el lord Cochrane, en visperas de rendirse la plaza del Callao no le permitieron perseguir á los españoles en persona, y dió este encargo al Jeneral Las-Heras; pero la persecucion no se hizo con empeño formal, ni por mas distancia que la de diez leguas. El Jeneral Canterac pudo pues salvarse con el resto de sus fuerzas. Desde entonces la guerra no prosiguió con la actividad que era menester para terminarla aprovechando del desaliento que naturalmente debia difundirse entre los españoles.

Los independientes empezaron á ocuparse de la organizacion de un ejército nacional y de establecer y consolidar el sistema de gobierno que en adelante debia regir la República. Entónces en medio de la prosperidad la envidia y la calumnia empezaban á ejercitar su maléfico influjo contra el desinterés y patriotismo del ilustre San Martín sin tener en cuenta sus heroicos servicios á los que la posteridad está ya haciendo justicia.

Con su acostumbrada constancia los españoles se reorganizaron muy pronto; y en Abril de 1822 se hallaron en situacion de dar un golpe tremendo á los patriotas. Con una hábil marcha emprendida desde Sanja, cayó Canterac sobre Ica con poco mas de dos mil hombres y sorprendió en la Macacona en la noche de dicho mes, la hermosa division de Tristan que habia comenzado su retirada sobre Lima y fué destruida sin combatir. Este fué el primer revés que sufrió la causa de la independencia, el cual habia de ser seguido de otros muchos.

Aunque semejante pérdida fué contrabalanceada con la victoria de Pichincha, que las armas co-

lombianas y peruanas unidas obtuvieron en 24 de Mayo de ese año, los españoles lograron ventajas de consideracion que los pusieron en estado de seguir con éxitos sus operaciones: fuera de mas de mil prisioneros incorporados á su ejército, el numeroso armamento tomado fué para ellos de un precio inestimable, pues con él utilizaron los miles de reclutas que habian tenido tiempo de renrir y disciplinar.

En aquella época de la guerra era precisamente cuando mas necesidad tenia la naciente república de un caudillo de las prendas de San Martín; pero por desgracia entonces tambien abandonaba esta la vida pública, llevado de una delicadeza exesiva, habiendo entregado el mando supremo al Congreso instalado en 20 de Setiembre de 1822, el que para sucederle creó una Junta Gubernativa de tres individuos, de conocido mérito y patriotismo, sin duda; pero no del poder moral suficiente para llevar al cabo una empresa tan árdua, como era la de vencer á los españoles en la tierra de sus victorias.

La historia de todos los siglos nos demuestra la dolorosa verdad, de que cuando un pueblo se ha propuesto reconquistar su independencia por medio de las armas luchando con una poderosa metropoli, jamás logró obtener el triunfo con solos sus esfuerzos, si estos no han sido dirigidos por uno de esos hombres extraordinarios, cuyas altas cualidades los han puesto en aptitud de dominar las voluntades, de uniformar los deseos y de aprovechar los esfuerzos de todos para hacerlos concurrir al objeto comun de la salvacion nacional.

Ejemplos de esta verdad se encontrarán en la misma historia del Perú. En principios de Agosto de 1814 levantó el Cuzco el estandarte de la revolucion con todo el ardor, consagracion y enerjia de un pueblo valiente, patriota y sin experiencia; fué tal el impulso que dió al movimiento revolucionario, que hizo vacilar por un momento, la dominacion es-

pañola. Como por encanto improvisó en menos de un mes tres expediciones que aunque confiadas á manos inhábiles, marcharon triunfantes hasta Puno y la Paz, Huamanga y Arequipa, que uniéndose al Cuzco proclamaron la independencia.

Esos pueblos hicieron todo género de sacrificios en favor de su nueva causa, sin que los intimidara la amenaza del saqueo, del incendio y de la muerte. La juventud de todas clases corrió á engrosar los ejércitos, que contaban por miles los combatientes; cuya mayor parte eran, sin embargo, hombres sin disciplina ni direccion, porque carecian de un caudillo capaz de darles una y otra y de conducirlos con acierto al combate; así es que su valor y decision se estrellaron contra las fuerzas veteranas y feroces de los que con justicia eran en esa deplorable época denominados los sarracenos.

Si la victoria sonrió á los patriotas en el Desaguadero, en la Paz, en Arequipa; las derrotas muy pronto hicieron correr á torrentes su sangre en los altos de la Paz, en Umachiri, Matará, Octo, Asillo, y en los cadalsos que los implacables vencedores levantaron en todas partes para que fueran degollados los tres hermanos Angulos, Pumacagua, Melgar, Bejar, Muñecas, Mendoza, Tudela, Gonzalez, Becerra, Salinas, Gomez, Villagra, Astete, Chairveches, Dianderas, Monroy, Carrion, San Roman, Carreri, Bastios, Alcocer y cien otros mártires infortunados, cuyos nombres y sacrificios se han perdido en el olvido.

Tal era la suerte á que otra vez se vió expuesto el Perú con la ausencia de San Martín, la que seguramente le habria cabido, si en medio de sus conflictos, aumentados por repetidos reverses, no hubiese llamado en su auxilio á otro guerrero tan grande como él vencedor de Chacabuco y de Maypú; aunque más feliz por haber tenido la gloria de terminar con admirables triunfos la larga lucha de la independencia sud-americana.

La Junta Gubernativa deseando con empeño continuar la guerra hizo salir hacia el Sur la expedición que hacia meses estaba alistándose; la cual era respetable por el número y calidad de tropas, á cuya cabeza se puso al Jeneral Alvarado. Desembarcando en Arica marchó hasta Moquegua con lentitud y desaciertos increíbles para ser desecha en las jornadas de Torata y Moquegua, dando por resultado no solo la pérdida del ejército, sino la desunión de los jefes y el descrédito de la Junta Gubernativa, que fué depuesta á petición de la fuerza armada, para que la reemplazase un Presidente que el Congreso se vió obligado á nombrar.

El nuevo Gobierno prosiguió con actividad las hostilidades y concibió un magnífico plan de campaña, que accidentes imprevistos hicieron fracasar. A los pocos meses de las anteriores derrotas despachó otra expedición al Sur al mando del Jeneral Santa-Cruz, la que tras de una ráfaga de prosperidad, huyó desde Oruro hasta el Desaguadero y en su fuga se dispersó completamente. Mientras tanto otra expedición al mando del Jeneral Sucre habia ocupado la ciudad de Arequipa, de donde se retiró cuasi intacta, con la pérdida de una parte de su caballería que esperó denonada á los enemigos para combatir.

De este modo ejércitos brillantes, perfectamente disciplinados y compuestos de una juventud ardiente y valerosa, fueron víctimas de la impericia y de la falta de respetabilidad y unión de sus jefes. Sus derrotas trajeron en pos de sí el descrédito de los gobiernos independientes, la creación de partidos, los celos y envidia entre los jenerales, la desconfianza de los soldados, el cansancio y abatimiento de los pueblos. Apenas habia ejército: los inmensos recursos del país estaban agotados por la codicia y por la prodigalidad; no existia el crédito, la anarquía se asomaba; la fuerza moral de la revolucion estaba per-

(10)
dida; en una palabra la causa de la independencian se hallaba proxima á sucumbir.

II.

LLEGADA DEL LIBERTADOR SIMÓN BOLIVAR A LIMA: ESTADADO DE LA REPUBLICA: CERRADO DICTADOR MORGANIZA EL EJERCITO.

Tan deplorable como el descrito era el estado del Perú á la llegada á Lima del Libertador Simon Bolivar, en Setiembre de 1823. Aunque las esperanzas de los verdaderos patriotas se fijasen en él, como el único hombre capaz de destruir los ejércitos españoles, su presencia no fué bastante para contener de pronto los desastres: parecia mas bien que ella hubiese venido á aumentarlos con la desunion, que sin embozo estalló entre los independientes; los que por entonces tenian dos gobiernos enemigos entre sí; y ambos temerosos de la justa preponderancia que precisamente habia de adquirir el Jeneral Bolivar.

El Congreso, inmediatamente que llegó éste le confirió, bajo la denominacion de Libertador, la suprema autoridad militar, con las facultades necesarias en lo político, encargandole que antes de todo terminase las diferencias suscitadas con la autoridad y tropas del norte. Para conseguir este objeto se dirigió personalmente á esas provincias y entabló negociaciones, que por desgracia no produjeron resultado alguno favorable, y se temia que no hubiese otro recurso que el de las armas. El Libertador se vió en un conflicto cruel ante la necesidad de ocuparse en una guerra de soldados independientes, cuasi á la vista de los victoriosos enemigos, y se asegura que pensó abandonar el Perú á su suerte; pero en esos mismos dias tuvo lugar la deposicion del caudillo de los disidentes por algunos de sus principales jefes; y este aconte-

tecimiento ahogó la discordia é hizo que las tropas que obedecian á aquel se sometiesen á la autoridad del Congreso y del Libertador.

Por la parte de la capital se desarrollaban entretanto nuevos y mas grandes males. El 7 de Febrero el regimiento del Rio de la Plata, capitaneado por los sarjentos Moyano y Oliva, se sublevó en las fortalezas del Callao que guarnecía y poniendo en libertad á los prisioneros españoles encerrados en casas-matas, pocos dias despues enarboló la bandera de Castilla. Esta defeccion fué seguida por dos escuadrones de los famosos Granaderos de los Andes, que viniendo desde Cañete á Lima, se fueron al Callao del sitio llamado la Tablada de Lurin.

A vista de los inmensos peligros que aumentándose diariamente amenazaban los destinos de la patria, el Congreso ocurrió el 10 del mismo Febrero al extraordinario y único medio que quedaba para salvarlos, cual fué el de investir al Jeneral Bolivar con la autoridad de Dictador. Aun permanecia el Libertador en Pativilca al recibir el decreto de su nuevo cargo, y en uso de él dió orden para que las autoridades, empleados y tropas que permaneciesen fieles desocuparan la capital, puesto que no podia tardar en ser invadida por los enemigos. Muchísimos patriotas llenos de valor y de abnegacion abandonaron sus hogares y objetos mas queridos, al mismo tiempo que Torretagle, Berindoaga y otros sujetos influyentes con cerca de 300 entre jefes y oficiales se quedaron desertando de la causa de la independenciam.

Estas circunstancias tan aflictivas para los independientes ofrecian á los españoles la sin igual oportunidad de continuar con irresistible empuje sus precedentes victorias, si como era natural con diez ó doce mil hombres, que les era fácil reunir, hubieran avanzado desde Jauja con el grueso de sus fuerzas sobre Huarás, haciendo ocupar con una division la capital para restablecer la autoridad real, y con una

corta guarnición dejar encargada la administración á una persona prudente y conciliadora, y reunirse en seguida aquella al ejército, marchar con su conocida celeridad hácia las provincias del norte: es mas que probable que los sostenedores de la independencia habrían sido arrojados del Perú, á pesar de la nombradía de Bolívar: felizmente obraron de muy diversa manera.

Dispersada la expedición de Santa Cruz, el Viroy, Canterac y Valdés entraron juntos á Arequipa para batir la que mandaba Sucre, que se retiró con tiempo. Los ejércitos españoles recibieron en esa ciudad una nueva organización: el del sud que comprendia al del Alto Perú, mandado por Olaneta, fué puesto á las órdenes de Valdés, cuyo cuartel jeneral quedó establecido en esa ciudad. El del norte á las de Canterac regresó al valle de Jauja, en donde con la división de Loriga contaba nueve mil hombres de todas armas, que como se ha dicho, contra todo cálculo humano permanecieron estacionarios.

La única operación que emprendieron, á fines de Febrero, fué la de destacar una fuerte división al mando de Monet con el fin de dejar una guarnición de tropas de confianza en las fortalezas del Callao, de las que fué nombrado gobernador el brigadier Rodil: lo que se verificó en el mes de Marzo, y reuniendo á su división á los sublevados del Callao regresó á Jauja, despues de haber sacado toda clase de recursos de Lima, por medio del terror y de la violencia y dejado esta capital entregada al feroz brigadier Ramirez, que con sus barbaridades hizo mas odiosa la dominación española, contrariando los sentimientos de notoria humanidad del próbido Viroy Laserna, quien no era posible que aprobase tampoco el fusilamiento de los oficiales prisioneros Millen y Prudan, que Monet hizo ejecutar en el camino de San Mateo, en represalia de haber fugado otros dos prisioneros.

Perdida semejante oportunidad por causas imprevistas, la paralización de las operaciones de los españoles, se les hizo indispensable por la rebelion de Olañeta, quien desconociendo la autoridad del Virrey, comenzó á hacer encarnizada guerra á las fuerzas que obedecian á ste y ocupó la division de Valdés en tratar de someterlo con combates infructuosos: mientras tanto el ejército libertador en sus acantonamientos de Cajatambo, Huarás, Conchucos y Cajamarca se reorganizaba á toda prisa.

Los departamentos denominados hoy Libertad, Amazonas, Piura, Ancachs y parto del de Junin hicieron sacrificios de tal magnitud, que no podrian concebirse ahora, porque eran propios solo de aquella época de jeneroso patriotismo. El ejército necesitaba reclutas, numerario, vestido, armas, caballos, bagajes, víveres y repuestos de todo jenero: se ocurrió á rigurosas levás, á empréstitos voluntarios y cupos forzosos, á requisiciones de útiles de equipo y de maestranza. Las ciudades principales se convirtieron en talleres para construir vestuarios, monturas y refaccionar el armamento: los comisionados recojian ganado y víveres y acómilas, los conducian de antemano á parajes por donde debia transitar el ejército, y preparaban la marcha de éste hasta en la misma cordillera.

El Libertador desplegó los mas prodijiosos esfuerzos de su jénio para dirigir estos inmensos trabajos, dictando con sabiduría y prevision cuantas providencias eran necesarias para llevarlos al cabo. Con algunos severos ejemplares contuvo las defecciones, restableció la moralidad en el ejército ó introdujo orden y economia en los cuerpos. Fué segundado con celosa exactitud por los jenerales mas acreditados de los independientes, entre los que sobresalia por el acierto y actividad de sas medidas el esperto y habilísimo Suere.

Todos los cuerpos recibieron en el mes de Junio

la orden de reconcentrarse en el valle de Huarás, en donde el Libertador tenia establecido su cuartel jeneral. El ejército fué distribuido en tres divisiones de infanteria y una de caballeria: dos de aquellas eran colombianas y una peruana: todas tres con once batallones, al mando de los jenerales Córdova, Lara y Lamar. La caballeria compuesta de dos regimientos colombianos, uno peruano y un escuadron argentino fué puesta á las órdenes del Jeneral Necochea.

Habia ademas una brigada de artilleria y un parque soberbio conducido por trescientas mulas. Se dispuso tambien que siguiesen al ejército seis mil cabezas de ganado vacuno y un abundante repuesto de víveres. El Jeneral Sucre fué nombrado Jefe del Estado Mayor Jeneral: el Jeneral Gamarra del de la division peruana; el Jeneral Santa-Cruz del E. M. cerca del Libertador: el Jeneral Miller, que en esa fecha se hallaba á la cabeza de las guerrillas que operaban al otro lado de la cordillera, fué encargado del mando de la caballeria peruana, luego que se incorporó al ejército.

La division peruana se llamaba ejército del Perú, y tenia la organizacion de tal; y con el ejército colombiano componia el ejército unido libertador.

III.

CAMPAÑA DE 1824: PASO DE LOS ANDES: BATALLA DE JUNIN; MARCHA DEL EJERCITO LIBERTADOR HASTA EL APURIMAC.

Hallandose completos los aprestos de guerra y prontas á marchar las divisiones, el Libertador abrió en el mes de Julio la memorable campaña de 1824. La primera operacion importante y harto peligrosa que debia ejecutar el ejército era el paso de los Andes. Desde Huarás hasta Pasco hay cincuenta le-

(13)
guas de camino: entre ambos puntos se eleva el nudo de Pasco formado por las dos cadenas de los Andes, que viniendo del Cuzco se unen allí para volver á formar las tres cadenas que corren hácia el Ecuador; es pues indispensable atravesar la cordillera por uno de sus parajes mas fragosos al ir de Huarás á Pasco.

Los cuerpos hicieron la travesía en desfilada, muchas veces al borde de precipicios horribos, lo cual era dificultosísimo para la caballería, porque cada soldado á mas de la mala que montaba conducía del diestro su caballo de pelea, el que debía cuidar con preferente esmero, así como todos debían hacerlo con sus armas y municiones especialmente. En las noches se guarecían en unos malos barracones contruidos de trecho en trecho y que no siempre bastaban para cubrir á muchos que se veían obligados á dormir al raso.

Los que han visto esos páramos desiertos y esas alturas frigidísimas; los que atravesandoles con todas las precauciones que la fortuna puede proporcionar, no se han libertado de los padecimientos que lo rjido del clima, y la fragosidad de los caminos causan, serán únicamente capaces de concebir las penalidades que con singular constancia sufriría aquel ejército, compuesto en su mayor parte de hombres nacidos en los lugares mas ardientes de la costa.

Para disminuir en lo posible todos estos inconvenientes la travesía se hizo por divisiones con intervalo de uno ó dos dias, lo cual esponía al ejército á sufrir un contraste, si como era de temerse, los españoles lo hubiesen esperado para batirlo en detail, al salir de la cordillera en una de las muchas posiciones ventajosas que el terreno les ofrecia; mas ellos no solo no se movieron de sus predilectos acantonamientos del valle de Jauja, pero ni tenían noticia alguna cierta acerca de la marcha que con seguridad completa iba verificando el ejército libertador.

Las avanzadas patriotas compuestas de unos mil quinientos intrépidos guerrilleros recorrían el país hasta mas allá de Reyes, de donde muchos eran naturales, obligados por la persecucion á tomar las armas contra sus opresores; así es que al mismo tiempo que impedían todo medio de comunicacion por el que pudiera llegar á los españoles avisos verídicos de los movimientos del ejército libertador, daban conocimiento á este de cualquiera que aquellos hicieran.

Con arreglo á las precisas órdenes del Libertador todo el ejército se hallaba reunido el 2 de Agosto en los llanos de *Sacra* familia y del *Dicamo* en número de nueve mil combatientes en perfecto estado de disciplina, armamento y equipo. El Libertador les pasó revista en aquel mismo día y quedó completamente satisfecho de su brillante apariencia, y de su excelente espíritu para arrostrar los sufrimientos de tan penosa campaña, como lo acababan de probar en el tránsito de los Andes y de su decision por combatir. En el acto de la revista les dirigió la fumosa proclama siguiente que se leyó á todos los cuerpos.

Simon, Bolivar Libertador &c. &c.

¡Soldados! Vais á completar la obra mas grande que el cielo ha encargado á los hombres, la de salvar un mundo entero de la esclavitud.

¡Soldados! Los enemigos que debéis destruir se jactan de catorce años de triunfos; ellos pues serán dignos de medir sus armas con las vuestras que han brillado en mil combates.

¡Soldados! El Perú y la América toda aguardan de vosotros la paz hija de la victoria; y aun la Europa liberal os contempla con encanto, porque la libertad del nuevo mundo es la esperanza del Universo. ¡La burlareis! No! No! No! Vosotros sois invencibles.

Estas sublimes palabras cuya impresion en los animos de cuantos las oyeron contribuian á hacer mas profunda las circunstancias del dia y del lugar, infundieron el mayor entusiasmo y alegria. Confiados en la presencia del Libertador, todos deseaban encontrarse con los enemigos, que no podian estar ya distantes, á quienes no dudaban vencer.

En este intercurso se aumentaban entre los españoles los rumores sobre los movimientos y aproximacion de los patriotas, que aunque confusos al principio, no dejaban duda hácia fines de Julio de que por lo menos alguna fuerte columna iba á ocupar Pasco. Para cerciorarse de la realidad resolvió por fin el Jeneral Canterac, saliendo de su letargo, levantar su campo del valle de Janja el primero de Agosto y marchar hácia Pasco. Su ejército constaba de nueve mil trescientos hombres, repartidos en dos divisiones de infanteria á las órdenes de los jenerales Maroto y Monet, una de caballeria á las del Brigadier Bedoya y una brigada de artilleria con ocho piezas de campaña: tropas perfectamente armadas, instruidas y orgullosas con el prestigio de sus victorias.

Marchando por la orilla oriental del lago de Reyes llegó Canterac en la mañana del 5 de Agosto á Carguamayo, en donde mandó que hicieran alto la infanteria y artilleria, y se adelantó con su caballeria á verificar un reconocimiento muy confiado en que encontraria á lo mas una division patriota y la bati-ria sin remedio; pero al llegar á Pasco tuvo el amargo desengaño de saber que no una columna ó division, sino todo el ejército libertador mandado por Bolivar en persona habia libremente atravesado la cordillera y que en aquel mismo dia se dirijia á Tarma por el camino opuesto al que él habia llevado. Con semejante noticia retrocedió sobre su infanteria y al amanecer el dia seis emprendió su retirada te-

miendo ser cortado de la base de sus operaciones, que era el valle de Jauja.

Los patriotas avanzaban en el mismo día 6 por un terreno quebrado entre la cordillera y el lago de Reyes. Como á las dos de la tarde llegaron á unas alturas, desde las que descubriéndose los llanos de Junin se presentaron á su vista las numerosas columnas del ejército real, que en perfecto orden se retiraban por el camino que conduce á Tarina. Gritos repentinos de los *godos!* los *godos!* resonaron en las filas, seguidos de vivas ardientes. Todos dirijen sus miradas hácia aquellos tan ponderados enemigos, con los que ansiosamente desean llegar á las manos, temiendo solo que el cansancio de la infantería después de una jornada de cinco leguas por caminos sumamente quebrados no les permitiese alcanzarlos.

En el acto mandó el Libertador que los cuerpos de caballería montasen en los caballos de respeto y poniéndose á la cabeza de novecientos jinetes, se adelantó dos leguas de su infantería con el objeto de obligar á los españoles á detenerse, ó en caso contrario picar su retaguardia é introducir el desórden en ellos. El Jeneral Canterac era harto hábil y experimentado para no conocer las miras de su enemigo y la necesidad de atajar sus progresos: ordenando que la infantería continuara la retirada retrocedió con mil trescientos hombres de magnífica caballería.

Al ver este movimiento el Libertador dispuso que sin pérdida de momento acaban de descender al llano todos los regimientos, dirigidos por el bravo Necochea y que los dos regimientos de Colombia con el escuadron Granaderos de los Andes formasen la línea de batalla, debiendo el regimiento Húsares de la Legión atacar en columna para flanquear la derecha de los realistas: los Granaderos de Colombia llegaron á tiempo para desplegar; mas no los restantes cuerpos por las dificultades que oponia un terreno pantanoso por la izquierda y una fila de cerros por

la derecha, y en tan críticas circunstancias el Jeneral Canterne con la destreza de un táctico acreditado, hizo desplegar su caballeria sobre la marcha, llevando á su retaguardia cuatro escuadrones en dos columnas, con el objeto de flanquear á los patriotas, debiendo la de la derecha servir tambien de reserva, y dió una impetuosa carga, que á pesar de la serenidad y resolucion de los granaderos arrolló á la caballeria patriota: algunos de aquellos con el mayor Braun se abrieron paso por entre las filas españolas y fueron á parar á retaguardia de ellas.

El rejimiento peruano Húsares de la Lejion, que debía flanquear la derecha realista, antes de poder verificar esta operacion fué envuelto con los otros cuerpos, menos el escuadron que mandaba el Teniente Coronel Suarez, que estando algo á retaguardia y favorecido por el pantano que tenia por delante, ramal del lago de Reyes, quedó intacto en su lugar y á retaguardia de los españoles, que creyendose del todo victoriosos y engolfados en perseguir á sus contrarios no guardaban ya ninguna formacion, inclusa la columna de reserva.

Con heroica resolucion en aquel momento de inmenso peligro el inmortal Suarez se decidió á aprovechar una de esas oportunidades felices que la fortuna suele ofrecer á los valientes para salvar, como ha sucedido mas de una vez, los ejércitos y aun las naciones en los mayores conflictos. Con su escuadron en perfecto orden acomete la retaguardia de la derecha de los desordenados vencedores, entre quienes espasce un terror súbito: los otros escuadrones de Húsares de la Lejion, detenidos por lo pantanoso del terreno ven la hazaña de Suarez y rebaciendose en el acto al mando del Jeneral Miller caen á su vez sobre los españoles; los demas cuerpos patriotas siguen aquel ejemplo y atacandolos por todas partes los derrotan completamente, y les arrancan una victoria que tenian por suya.

Trescientos cuarenta muertos y ochenta prisioneros quedaron en el campo de batalla, contándose entre los primeros dos jefes y diez y nueve oficiales. Los patriotas perdieron al valiente Mayor Lizárraga, tres oficiales y cuarenta y dos hombres muertos y ocho oficiales y noventa y un soldados heridos y además al distinguido Teniente Coronel Lowersby, que murió de sus heridas. El valeroso Necochia que al principio de la acción cayó prisionero con siete heridas fué rescatado por una partida de caballería colombiana. La batalla duró tres cuartos de hora y en toda ella no se hizo uso sino de armas blancas, sin dispararse un solo tiro.

El Libertador tributó públicamente mercedos elojios al comportamiento de la caballería peruana, y por un acto espontáneo de justicia, digno de su elevada alma, dió al regimiento Húsares de la Legión el glorioso nombre de *Húsares de Junín*, con que se hizo célebre por sus proezas en Ayacucho, en el Portete y en las funestas guerras civiles, hasta que sus restos que no alcanzaban á cien hombres sucumbieron en el infausto día de Socabaya, oprimidos por el número, despues de haber arrollado las columnas que se le opusieran; desapareciendo así en medio de su triunfo.

Esta victoria tan brillante no produjo por resultado la completa destrucción del ejército real del Norte como debia esperarse; pero sus consecuencias en lo moral fueron inmensas y prepararon el éxito feliz de la campaña; porque dando una justa idea del valor, decisión y disciplina del ejército libertador mandado por Bolívar, privó á las armas españolas del prestigio de vencedoras y abatió el orgullo de su decantada caballería, la que en realidad era brillantísima.

Los restos de los derrotados escuadrones se reunieron con Canterac á la infantería al anochechar, comunicándole el terror de que estaban poseidos y que

era natural que sintiesen con un desastre que les parecia un sueño: en la noche misma del seis continuaron su retirada sin parar en los siguientes dias hasta el 17, en que habiendo pasado el Pampas y cortado el puente, descansaron en su margen derecha en las fuertes posiciones de Chincheros, despues de haber perdido parques, almacenes, hospitales, armas y multitud de desertores y resagados; y gracias á la severidad y vijilancia de los jefes españoles, que el ejército no se disolvió en su precipitada ó innecesaria fuga.

El ejército libertador se retiró el 7 á Reyes, en donde descansó parte de ese dia y del 8, en vez de haber proseguido la persecucion del abatido ejército real: es inexplicable semejante inaccion. El 9 de campo de Reyes y ocupó sucesivamente Tarma, Jauja, Huancavelica y Huamanga á donde entró el 24 y permaneció en ella un mes.

Desde Chincheros emprendieron nuevamente su retirada los españoles, verificándola con no menos desaliento que antes, á pesar de no ser acosados por los patriotas con la actividad que era indispensable; y no se creyeron seguros sino al otro lado del Apurimac, cuyos puentes cortaron, habiendo llegado con cinco mil hombres escasos. Tomando acantonamientos á lo largo de la margen izquierda hácia la cordillera occidental, pudieron por fin descansar y comenzar su reorganizacion. Mil quinientos hombres salieron del Cuzco á reforzarlos, mientras llegaban reclutas de otras partes, pertrechos y armamento.

Tenia el Virey establecido su cuartel jeneral en Limatambo, pueblo situado entre el Apurimac y la ciudad del Cuzco, cuando recibió la noticia de la derrota de Junin. No podian ocultarsele las consecuencias funestas que debian seguirse, y procuró por lo mismo hacerles frente con actividad y prevision. Sus primeras medidas fueron prevenir á Canterac que se retirase defendiéndose en las muchas posi-

ciones que el terreno le ofrecia, á fin de retardar la marcha de los patriotas y dar tiempo á la reunion de nuevas tropas, y llamó presurosamente al jeneral Valdés, que se hallaba combatiendo á Olaneta, con cuyas fuerzas habia tenido un sangriento é indeciso combate en el punto de la Lava, mas allá de Potosí. Valdés abandonó todas las provincias del Alto Perú y contramarchó al Cuzco con su característica celeridad, engrosando su division con los reclutas que tomaba en los depósitos del tránsito.

El ejército libertador prosiguió en el mes de Setiembre su marcha por las provincias de Andahuaylas y Aymaraes hasta Chailamarca: las partidas de guerrillas á las órdenes del Coronel Carreño ocuparon las provincias de Abancay y la márjen izquierda del Apurimac, cuyas posiciones reconoció personalmente el Libertador, y se convenció de que en aquellas circunstancias ninguno de los dos ejércitos se hallaba en situacion de forzar el paso de aquel rio, estando cuasi en frente uno de otro; por lo mismo creyó con fundamento que los españoles no podrian emprender operacion alguna hasta que pasase la próxima estacion de las lluvias, durante la cual se les incorporaria Valdés, si acaso se lo permitia el tenaz encono de Olaneta, lo cual no era probable, segun los datos que se tenían.

Con este convencimiento no trepidó en tomar la resolucion de regresar á la costa para reorganizar la administracion pública, ocupar la capital, establecer en ella el gobierno, sitiar á los españoles en el Callao y mas que todo remitir auxilios de todo género al ejército á fin de ponerlo en estado de volver á tomar la ofensiva: objetos todos de vital importancia, que requerian su presencia y que llenó cumplidamente con su actividad y firmeza jeniales y en ocasion la mas oportuna y urgente; porque llegó á Chancay en los dias en que la division de Urdaneta fué destruida en las portadas de Lima por la guarnicion

del Callao, con cuyos restos reorganizados con algunos severos ejemplares, regresó á la capital y principió el sitio.

Al separarse del ejército entregó el mando en jefe al general Sucre, quien ciertamente era digno de tal confianza. Este jefe reunia en alto grado las prendas que constituyen un hombre de estado y un gran guerrero. Patriota é ilustrado no solo combatia por la independendencia, sino por el triunfo de la libertad y de las instituciones republicanas, de las que era partidario celoso: justo y desinteresado en el mando, afable en el trato y de maneras insinuantes, nadie mejor que él sabia conciliar el afecto á su persona y el respeto á su autoridad: humano, jeneroso y magnánimo era de una firmeza inflexible en lo relativo á la disciplina militar y al servicio público: laborioso sin igual, activo é incansable, fué uno de los mas hábiles y afortunados capitanes de la independendencia americana y uno de los mas célebres de este siglo, cuya fama durará mientras duren en la memoria de los hombres los triunfos gloriosos de Píshincha y de Ayacucho.

El cargo de Jefe del E. M. J. que desempeñaba fué conferido al Jeneral Gamarra, peruano distinguido por su capacidad militar y por su valor, mediante los que sobresalió entre los españoles mismos, y fué, en toda aquella campaña, uno de los principales jefes, no solo por sus talentos, sino por el conocimiento práctico que tenia del pais, de sus posiciones y de sus principales hombres, con quienes se habia educado ó militado.

RETIRADA DEL EJERCITO LIBERTADOR DESDE EL APURIMAC SUS OPERACIONES HASTA EL 8 DE DICIEMBRE.

El Libertador dió instrucciones al jeneral Sucre para que dejando acantonadas las divisiones del ejército entre Andahuaylas y Abancay, hiciese cubrir con numerosas partidas la margen izquierda del Apurimac, hasta que recibiese los auxilios que le enviaria de la costa para proseguir la campaña; pues nadie creía que los españoles se hallasen en aptitud de emprender operacion alguna antes del mes de Marzo; pero estos no eran hombres que se parasen ante ningun género de obstáculos en la ejecucion de sus proyectos. El réjimen severo y económico de su administracion, durante la guerra, tenia provistos sus almacenes de toda clase de pertrechos y armamento, sus arcas del preciso numerario y sus depósitos de reclutas que se disciplinaban con empeño. La estricta subordinacion que reinaba entre ellos hacia que las órdenes superiores se cumplieran con puntualidad; asi es que, contra los cálculos naturales, pusieron en pié un ejército mas numeroso y tan brillante como el que tenian en el norte antes de su derrota en Junin.

Las probabilidades de una proxima campaña con todos estos elementos no podian dejar de ser penetrados por el jeneral Sucre; por eso á los tres dias de la marcha del Libertador reunió un consejo de guerra de los jenerales, para combinar con su acuerdo el plan que deberia adoptarse en las diversas situaciones en que podria hallarse el ejército: varios fueron los pareceres, pero todos vinieron á conformarse en el de que el mas acertado seria, siguiendo las instrucciones del Libertador, retirarse en el caso de que los españoles tomasen la ofensiva.

Inmediatamente determinó el jeneral Sucre prac-

ticar en persona un reconocimiento sobre las posiciones enemigas: al efecto se puso á la cabeza de una columna, al mando del jeneral Miller, compuesta del batallon Número Uno, del regimiento Húsares de Junín y del escuadron Granaderos á Caballo de los Andes y se dirigió hasta Mamara y Oropesa: allí se cercioró del verdadero estado de las fuerzas españolas y de su disposicion á entrar en campaña, á pesar de la próxima estacion de las lluvias, porque con la llegada de la division de Valdés se hallaban completados sus aprestos de guerra.

El Virey distribuyó su ejército en tres divisiones de infanteria y una de caballeria. La denominada de Vanguardia se componia de los batallones primero del Imperial, Cantabria, Centro y Castro á las órdenes del Mariscal de campo Valdés y de su segundo el brigadier Somocórcio: la primera division, llamada así, constaba de los batallones Burgos, segundo del primer regimiento, Infante, Victoria y Guías á las del Mariscal Monet y de su segundo el brigadier Pardo, la segunda de los batallones primero y segundo de Gerona, segundo del Imperial, primero del primer regimiento y del de Fernandinos á las del Mariscal Villalobos y de su segundo el brigadier Ramirez.

La caballeria á las del brigadier Ferraz, compuesta de dos brigadas al mando de los brigadieres Garcia Camba y Bedoya con los regimientos de Fernando VII, Dragones de la Union y de los escuadrones de San Carlos y de Alabarderos. La artilleria á las órdenes del brigadier Cacho con diez y seis piezas de campaña. El jeneral Canterac fué nombrado Jefe del E. M. J.: por segundo Jefe del E. M. J. el Mariscal Carratalá: el brigadier Atero comandante jeneral de injenieros y el brigadier Vijil, que habia militado siempre con Olañeta, fué agregado á los edocanes del Virey: este tomó el mando en jefe

del ejército que contaba entonces trece mil soldados, entre ellos mil seiscientos de caballería.

Estando cortado el puente del Apurimac era imposible atravesar por el camino real aquel formidable río, mucho menos ocupando un ejército enemigo su margen opuesta; por eso pues los españoles resolvieron vadearlo por el punto de Accha, que se halla mas arriba del lugar en donde se coloca el puente, es decir, hácia su origen, en el que, dividiéndose el río en tres brazos, fácilmente puede vadearse; lo cual convenia tambien á los planes del Virey, que no se proponia atacar de frente al ejército libertador, sino amenazar su flanco derecho y cayendo sobre su retaguardia, cortarle la comunicacion con Lima, para obligarlo á abandonar sus fuertes posiciones.

Con tal objeto levantó sus acantonamientos el 22 de Octubre, vadeó el Apurimac el 25 y marchó con todas sus fuerzas por el camino trasversal que conduce á Huamanga, situado entre la cordillera occidental y el camino real que del Cuzco vá á Lima, ocupando á Saquia, Chalanca, Pampachiri, Vilcashuaman y Rajay-Rajay, á donde llegó el 18 y descansó el 19, mientras que la vanguardia hacia un reconocimiento sobre Huamanga, á cuya ciudad entraron las compañías de cazadores para retroceder en el mismo dia.

A su vez el ejército libertador comenzó sus movimientos desde Lambrama el 7 de Noviembre y se replegó hácia Andahuaylas, despues de algunos dias de haber hecho alto, continuó su marcha y llegó á Uripa el 20, desde donde se avistaron las descubiertas españolas en los altos de Bombon. El Virey habiendo sabido, por los prisioneros tomados en Huamanga, que los patriotas aun se hallaban al sur del río Pampas, se vió, con harto disgusto, precisado á contramarchar para encontrarlos por el camino real hasta las alturas de Concepcion, que dominan la márgen izquierda de ese río.

La vanguardia le atavesó con la agua al pecho y habiendo adelantado una descubierta hasta los altos de Bombon tuvo esta con la de los patriotas una lijera escaramusa y en seguida se replegó, para reparar el Pampas, con toda su division, que no tuvo otro objeto que verificar un reconocimiento. Los dos ejércitos quedaron en Uripa y Concepcion, durante los dias 21, 22 y 23.

Ocupando cada uno de ellos posiciones formidables con el valle de Pomacochas y el Pampas por medio, ninguno podia acometer sin correr el peligro, cuasi seguro, de ser destruido; y como tampoco habian de quedarse estacionarios, en donde se hallaban, el Virey se propuso atraer al ejército libertador á la márjen izquierda, valiéndose de un movimiento falso para atacarlo durante el paso del rio, que necesariamente habia de ser lento y dificultoso; ó en el caso de que lo hubiese atravesado caer sobre él en el valle de Pomacochas, que no era posicion militar y en medio del desórden consiguiente á la travesia hecha con mil inconvenientes y con la seguridad de no encontrar enemigos por ese lado.

Con esta mira contramarchó todo el ejército real el 24 obliuando hácia su derecha hasta las alturas de Carhuanca, á donde llegó el 26, descansó el 27 y se acercó al vado el 28, por el que pasó la division de vanguardia, que ocupó los altos de Cocharcas aparentando amenazar la izquierda patriota: el jeneral Valdés cumplió su encargo con destreza. El jeneral Sucre luego que supo este movimiento ocupó con el ejército las alturas de Bombon el 30 é inmediatamente hizo vadear el rio, operacion que se ejecutó con una precision, prontitud y órden tan admirables que los enemigos quedaron completamente burlados en su plan. Cuando el jeneral Valdés llegó á la vista de Bombon solo encontró una partida de cincuenta hombres de caballeria, que en el acto se retiraron y vadearon el rio.

Estas marchas y contramarchas de los realistas,

que aburrían á los soldados, que daban lugar á la crítica de muchos y que manifestaban si no indecisión á lo menos excesiva prudencia, eran claros indicios de la poca confianza que tenían en sus tropas, del influjo moral de la derrota de Junin y del respeto con que miraban al vencedor de Pichinca. Solo así pudiera explicarse esa serie de movimientos que lejos de contrariar al ejército libertador parecían favorecer sus operaciones.

Los patriotas levantaron su campo de la márjen izquierda del Pampas y llegaron en la mañana del 2 de Diciembre á Matará. Este pueblo se halla situado en una hondonada al norte de la meseta de Oeros, la que fué ocupada en el mismo día por los españoles, no habiendo podido reunirse la vanguardia, sino muy tarde, porque tuvo que vadear el Pampas y hacer una marcha mas larga que las demas divisiones, lo que obligó al Virey á no aceptar la batalla que en aquella tarde se le ofreció; por el contrario retrocedió una media legua para tomar las lomas de la izquierda y volver á flanquear á los patriotas, quienes emprendieron el 3 la travesía del valle de Corpahuaco, pues la posición de Matará era mala y querian seguir libremente la retirada á Tambo-Cangallo.

Por una quebrada áspera no podia ejecutarse este movimiento sin que los cuerpos desfilasen; y esto era demasiado peligroso hallándose próximo un enemigo activo para las marchas; pero debia verificarse á todo trance. Hacia las cinco de la tarde la division Valdés alcanzó la retaguardia del ejército libertador y cayó por su izquierda con furioso ímpetu: el batallon Rifles hizo una valerosa resistencia que le costó ser cuasi destruido: Vargas comenzaba á dispersarse cuando su denodado jefe logró restablecer el órden y salvando la quebrada formó en el otro lado, desde donde con un vivo fuego contuvo á los enemigos y protejió la retirada de la caballeria, que la verificó por Obonta, que se halla al oeste de Corpa-

hualco. Vargas y Rifles con su brillante conducta dieron lugar á que todo el ejército acabando de salvar la quebrada se rehiciese al otro lado, y cortase los progresos del enemigo, cuyas restantes divisiones llegaron al anochecer, y cuando ya no podian tomar parte en el combate.

Los patriotas sin embargo sufrieron un gran descalabro, pues perdieron trescientos hombres fuera del parque, mulas, caballos, equipajes y una de las dos únicas piezas de artillería que les quedaban; pero no se desalentaron ni un momento, considerando semejante pérdida como uno de los azares comunes de la guerra; así es que al día siguiente continuaron su retirada á Tambo Cangallo con la serenidad y orden acostumbrados y siempre en disposición de dar ó aceptar el combate. Los mismos españoles los admiraron en aquel día al ver conducta tan heroica, siendo el Virey el primero, que como militar lleno de nobleza y experiencia, pudo apreciar debidamente las virtudes que sus contrarios desplegaban en tan peligrosas circunstancias.

Desde Lambraña se propuso el Jeneral Sucre realizar su retirada hácia Janja, sin dejar de aprovechar la ocasion de combatir con buen éxito; mas el 4 de Diciembre recibió del Libertador orden terminante de dar la batalla. En ese mismo día la presentó en la gran llanura de Tambo Cangallo; pero los españoles no solo no la aceptaron, sino que se dirigieron á las alturas de su izquierda para proseguir su sistema favorito de tomar posiciones amenazando flanquear á los patriotas y cortarles la retirada. Estos á media noche levantaron su campo y dejando el camino real á su izquierda, atravesaron la escabrosa quebrada de Acroco, llegaron en la mañana del 5 á Huanchao y en la tarde del mismo día á Acosvinchos en donde pasaron la noche para ir el 6 á acampar en Quinua, pueblo situado al Este de Gnamanga.

Los españoles se movieron sobre esta ciudad el

5 á distancia de dos leguas del ejército libertador, separados por un vallo profundo: el 6 continuaron á las alturas de Pacaicusa por un camino escabroso que cortaban dos quebradas, lo que les obligó á prolongar sus columnas en una estension de cerca de tres leguas, lo cual percibido por el Jeneral Sucre le hizo resolverse á tomar el desquite de Corpahuaco, á cuyo efecto dió inmediatamente las órdenes convenientes para el ataque, adelantandose él mismo con el Jeneral Lamar á verificar un reconocimiento; mientras el ejército se movía, los españoles se pusieron fuera de peligro. La división Valdés oportunamente ocupó una fuerte posición desde donde protejió el paso de las restantes divisiones. Todo el ejército real atravesó el 7 la quebrada de Guamanguilla á vanguardia ya del ejército libertador y el 8 fue á establecerse en las alturas de Condorcunca. Aquel hizo un ligero cambio de frente para situarse al Este del pueblo de Quinna.

V.

BATALLA DE ATACUCHO.

La batalla se habia hecho inevitable para ambos ejércitos. El de los patriotas tenia dificultades insuperables para proseguir su retirada desde que los destacamentos enviados por el Virrey á Huarpa y Mayog habian inutilizado los desfiladeros, cortado los puentes y hecho sublevarse á los indios de Huanta y varios pueblos de la provincia de Huancavelica, muchos de los cuales ocupaban las alturas de Quinna; además de estos graves inconvenientes, carecia de viveras y de movilidad, sin esperanza de pronto auxilios y con un enemigo activo á la vista: sus bajas en los quince dias precedentes habian ascendido á mil doscientas plazas.

El de los españoles podia retardar la pelea por

algunos días; pero tampoco le era posible permanecer en el cerro de Condorcunca por falta absoluta de recursos, ni seguir maniobrando con la misma actividad que hasta entonces: sus soldados estaban aburridos con las marchas y contramarchas que se les obligaba á hacer por terrenos increíblemente frágiles, y cuyo objeto no comprendían; se hallaban más oprimidos que los patriotas con la escasez de víveres, hasta el extremo de no tener el día 3 otro alimento que carne de burro y caballo.

La necesidad de evitar la desercion tan frecuente en sus tropas inducía á los jenerales españoles á tomar toda clase de severas medidas, las que impedían destacar partidas en busca de ganado, porque cuando lo hacían era seguro que volviesen al campamento algunos soldados de menos. Los cuerpos acampaban de noche en columnas rodeadas de centinelas de confianza, por lo común europeos y de oficiales en continua ronda, sin que fuese permitido á nadie salir de su puesto; habia pues un disgusto jeneral, que se hacia sentir en murmuraciones y pasquines, que aparecían en las tiendas de los jenerales, ridiculizando sus operaciones, que atribuían á cobardía.

Ambos ejércitos se hallaban en perfecto estado de disciplina; ambos orgullosos con el recuerdo de sus anteriores victorias y ambos mandados por jefes distinguidos por su capacidad militar y de los de mayor nombradía entre los que habían hecho la guerra de América. El ejército real era sin duda superior en número, especialmente en caballería, pues el día 8 constaba de 9310 hombres de todas armas y el de los patriotas de 5780; esta era la única ventaja que tenia sobre este: el lazo que unia á sus individuos era su severa disciplina, el solo que contenía las rivalidades y desconfianzas que sembró entre ellos la derrota de Junin. Los sentimientos de gloria podían animar á los jefes y oficiales; pero por lo que hace á la tropa, los americanos eran ciegamente obe-

dientes y nada mas, mientras no lograban desertar; los europeos deseaban descansar ó suspiraban por su patria.

El ejército libertador se componia de colombianos aguerridos en la sangrienta guerra de su país, que tenian conocimiento y entusiasmo por la causa que defendian, que estando á quinientas y aun á mil leguas de sus hogares, lejos de desertar se unian mas á sus banderas, y sabian que el solo medio de salvarse era un triunfo decisivo. La division peruana combatia en su misma patria, animada por el entusiasmo popular, estimulada por la presencia de los colombianos y llena de decision confiando en las cualidades de su ilustre jefe, quien despues del Jeneral Sucre era la esperanza del ejército; su caballeria era aquella que con tanta gloria venció en Junin y que con razon se creia superior á la española. Ademas de todo esto en el ejército libertador jenerales y soldados eran en su mayor parte jóvenes con ambicion de gloria y de porvenir é inflamados con las ideas seductoras de independencia, de libertad, de patria.

En la tarde del dia 8 bajaron algunas compañías de cazadores á escaramucear con otras de la misma arma de los patriotas; desplegadas en guerrilla maniobraron al toque de corneta á la vista de los dos ejércitos con admirable serenidad y destreza, excitando un interés universal. Para evitar que en la noche bajasen los españoles el Jeneral Sucre mandó colocar al pié del cerro de Condorcunca una compañía de infanteria que por bastante tiempo hizo un tiroteo sostenido al toque ruidoso de dos bandas de tambores y cornetas. Esta estratagemá produjo su efecto, porque los españoles no se movieron de sus puestos: algunos creyeron que con ella trataban los patriotas de encubrir su retirada. El fuego cesó estando ya muy avanzada la noche, y de sus resultas murieron un teniente coronel y dos ó tres soldados realistas.

El ejército libertador permaneció en la misma posición que tenía en la tarde, formado en columnas cerradas y en aptitud de repeler cualquiera ataque. Aunque el resto de la noche se pasó en tranquilidad y profundo silencio, todos los ánimos estaban agitados con presentimientos y esperanzas, que un elegante escritor americano describe con estas bellas palabras.

«Iba á amanecer el día 9 en el que forzosamente debía terminarse la campaña con la muerte ó con la victoria. . . . En el campo realista, los ensueños de la victoria trasportaban la imaginación de los guerreros, á la reconquista de toda la América emancipada; ya creían divisar el estandarte español en las plazas de Colombia, Chile, Buenos Ayres; destruido el jenio revolucionario y asegurado el coloniaje para largos siglos. En el campo patriota el delirio de la libertad embriagaba el pensamiento de los soldados comprometidos á sellar con sangre el pedestal de la emancipación. Esa falange de héroes comprendía, que la civilización del continente, la independencia de las repúblicas hermanas, la paz de los estados constituidos, el ser de cada uno y de todos iba á decidirse allí; allí, en donde por una parte la esclavitud amenazaba enseñorearse sobre los destrozos de los principios, y por la otra, la libertad, ese símbolo de toda virtud, de toda justicia, de toda verdad levantaba su brazo para aplastar el monstruo de la barbarie.»

El campo de Ayacucho se estiende desde el pueblo de Quinna hasta el pié del escarpado cerro de Condorennca de oeste á este: tiene cuasi una lengua cuadrada: sus estremos de sur y norte estan cortados por quebradas profundas; otro barranco lo atraviesa de norte á sur, quedando por este lado una abra como de trecientas varas. Ayacucho en la lengua quichua significa rincón de muertos, por una batalla que dieron los Incás á los habitantes de ese

país, cuando los sujetaron á su dominacion. Cerca del mismo lugar se dió tambien otra batalla pocos años despues de la conquista, entre Pizarros y Almagros, en la que se degollaron unos á otros con singular furor.

«La aurora del día 9 vió estos dos ejércitos disponerse para decidir los destinos de una nacion.» Amaneció el día con un sol hermoso, como para vivificar á los combatientes de los rigores de una noche frigidísima. El Jeneral Sucre dispuso su línea de batalla de la manera siguiente: la division Cordova formaba en la derecha con los batallones Bogotá mandado por el Coronel Galindo, Voltigeros por el Coronel Guas, Pichincha por el Coronel Leal y Caracas por el Comandante Leon.

La division Lamar componia la izquierda con los batallones Legion Peruana al mando del Coronel Plaza, el del número 1 al del Comandante Bermudez, el del 2 al del Comandante Gonzalez, el del 3 al del Comandante Benavides.

En el centro estaba la caballeria á las órdenes del Jeneral Miller con los regimientos Granaderos de Colombia al mando del Coronel Carvajal, Húsares de idem al del Coronel Silva, Húsares de Junin al del Teniente Coronel *Suares* y comandantes Olavarria y Blanco, y el escuadron Granaderos á caballo de los Andes al del Comandante Bogado.

La division Lara quedó en reserva un poco á retaguardia del centro con los batallones Rifles mandado por el Coronel Sanders, Vencedor por el Coronel Luque y Vargas por el Comandante Moran.

El plan de ataque de los españoles fué el que sigue: la division Valdés que componia la derecha con cuatro batallones, dos escuadrones y seis piezas de artilleria debia comenzar la batalla cayendo sobre la izquierda de los patriotas: la division Monet que componia el centro formando en el borde oriental del barranco que atraviesa el llano debia tomar la ofen-

siva de frente, así que Valdés estuviese decidida-
mente empeñado: en la izquierda formarían los bata-
llones segundo del Imperial y primero del primer re-
jimiento de la división Villalobos con encargo el se-
gundo cuerpo de proteger la operación de descargar
de las mulas y armar las cinco piezas de artillería
restantes y en seguida los dos batallones atacar el
flanco derecho de los patriotas, luego que ya estuvie-
ren comprometidas las otras dos divisiones y la arti-
llería hubiese comenzado á hacer uso de sus fuegos.

Los dos batallones de Gerona y el de Fernando
VII quedaron en reserva; aquellos al pié de la cues-
ta y este algo mas arriba. La caballería debía des-
cender al llano por brigadas, la primera en frente del
intervalo de las divisiones de Monet y Villalobos, y
la segunda algo mas á la izquierda, bajando á pié,
porque el terreno no permitía hacerlo de otro modo,
y acometer por la abra que deja hácia el sur el bar-
ranco que atraviesa el llano, tan pronto como reci-
biese la órden.

La mayor parte de la mañana fué empleada en
fuegos de artillería y de cazadores. A las diez del
dia rompieron la marcha todas las divisiones espa-
ñolas para ejecutar el plan indicado y dirigidas por
el Virrey y Canterac empezaron á descender llenas
de confianza, mientras el ejército libertador perman-
ecía inmóvil atento á sus movimientos. Era aquel
un espectáculo imponente: en los mismos momentos
el Jeneral Sucre, que conocia el espíritu de sus tro-
pas, recorrió á caballo toda la línea, y dirigiendo á
cada cuerpo algunas de esas palabras enérgicas y to-
cantes de que sabia servirse con suma oportunidad,
les recordó su deber, su patria, su honor y glorias, y
colocandose en seguida en un punto céntrico al fren-
te de la línea, lleno de conmocion y segun las expre-
siones de un testigo ocular, con un tono que parecia
inspirado dijo en alta voz *¡de los esfuerzos de hoy
puede la suerte de la América del Sur!* y señalando

las columnas españolas que descendian exclamó *¡otro día de gloria va á coronar vuestra admirable constancia!*

Nada puede ser comparable al entusiasmo y alegría con que el ejército acogió estas palabras. Vivas ardientes á la República y al Libertador resonaron en todas sus filas; y desde este instante era tal el contento que brillaba en los semblantes, que impacientes por llegar á las manos, parecía que estuviesen formados para una fiesta nacional, mas bien que para una gran batalla.

El Jeneral Valdés tuvo que hacer un rodeo para llegar á la posición señalada y desplegando en guerrilla al batallon Centro rompió el ataque con un fuego vivísimo, segundado por el de la artillería y desalojó á los cazadores patriotas del otro lado del barranco en que estaban colocados. Apenas habian resonado los primeros tiros, cuando segun aseguran los españoles el Coronel Rabin de Celis con su batallon el primero del primer rejimiento, sin órden de su Jeneral y antes de tiempo se lanzó al punto en donde estaba el segundo del Imperial y arrojó á este y á las guerrillas á flanquear la derecha del ejército libertador. Sea la que fuese la causa, la verdad es que sin estar aun las masas del centro en órden la izquierda comprometió demasadamente el ataque: el Jeneral Sucre que lo observó mandó á Córdoba que con su division la cargase rápidamente.

Este jóven Jeneral tan valiente como gallardo poniendose en frente de su division le gritó *¡adelante! ¡paso de vencedores!* y la conduce andazmente al combate: los cuerpos marchan decididos arma á discrecion en columnas paralelas, apoyados por los rejimientos Granaderos y Húsares de Colombia hasta cien pasos de los realistas, en que acometidos por la caballería española rompen el fuego y mientras que la caballería colombiana la rechaza y destroza, las columnas de infantería cargan á la bayoneta la iz-

quierda de los realistas, que aunque pelea con extraordinaria bravura es despedazada en un momento, quedando muertos Rubin de Celis y su segundo.

En este conflicto el jeneral Canterac hace á la division Monet atravesar el barranco y él mismo se pone á la cabeza de los dos batallones de Gerona para rehacer el combate. El jeneral Sucre no pierde instantes, manda inmediatamente al victorioso Córdoba proseguir el ataque sobre el centro del enemigo. El batallon realista Guías diseminado en guerrilla hacia un fuego vivísimo, sostenido por dos batallones que habiendo atravesado el barranco estaban ya formados: la division Córdoba cae impetuosamente sobre ellos, por una y otra parte se lidia con furor, hasta que el coronel Silva cargando con su regimiento por un flanco, son desechos los batallones españoles, los que en su fuga desordenan á los otros cuerpos que estaban atravesando el barranco; al mismo tiempo que la caballeria colombiana destruia á los escuadrones españoles que habian podido descender al llano, en que pelearon con desesperacion.

Los famosos batallones de Gerona que tanta nombradía habian adquirido en las campañas del año anterior fueron arrastrados en la derrota, cuasi sin combatir, á pesar de los esfuerzos de Villalobos, Canterac y del mismo Virey, quien tratando de reunir los cuerpos dispersos fué herido y hecho prisionero.

Durante este choque en la izquierda y en el centro, el jeneral Valdés habiendo rechazado á los enzadores patriotas obligaba á retirarse, con un fuego terrible, á dos batallones que los apoyaban; el batallon Vencedor enviado en su auxilio empezaba tambien á ceder: dos batallones realistas pasaban el barranco atacando de frente mientras que los otros dos sostenidos por dos escuadrones se proponian flanquear la derecha de la division Lamar, interponiéndose entre esta y el centro: el jeneral Sucre atento á todas partes mandó en refuerzo al batallon Var-

gas y que el regimiento Húsares de Junin y Granaderos de los Andes cargasen en el acto. Acometida la division española por todos lados es derrotada completamente á pesar de los heroicos esfuerzos que hace. El jeneral Valdés desesperado busca la muerte y es sacado con violencia del campo de batalla.

Todos los cuerpos atravesaron á porfía el barranco y prosiguieron su victoriosa marcha hasta las alturas de Condoreanca, en donde se reunieron con el jeneral Lara, que con el resto de su division habia completado por el centro el triunfo, el que á la una del dia habia coronado al ejército libertador.

Fué ya imposible que Canterac, ni los demas jenerales pensasen en reunir cuerpo alguno, en medio de un espantoso desorden: no habia ya otra esperanza de salvacion, que la de someterse á los vencedores. El jeneral Canterac despues de un ligero acuerdo con los jenerales y jefes que pudo reunir se propuso celebrar una capitulacion con el jeneral Sucre, á cuyo efecto se unió al jeneral Lamar, con quien descendió de las alturas. El jeneral Sucre concedió la capitulacion y trató á los vencidos con todas las consideraciones propias de un hombre de sentimientos tan elevados como él era.

Mil cuatrocientos hombres del ejército real quedaron muertos en el campo de batalla y setecientos heridos. Los patriotas tuvieron trescientos siete muertos y seiscientos nueve heridos. Fueron hechos prisioneros de guerra el Virey, Canterac y catorce jenerales, diez y seis coroneles, sesenta y ocho tenientes coroneles, cuatrocientos ochenta y cuatro oficiales y tres mil doscientos soldados.

El jeneral Sucre termina el parte de esta gloriosa jornada con las notables siguientes palabras:

“Con satisfaccion cumplo con la agradable obligacion de recomendar á la consideracion del Libertador, á la gratitud del Perú y al respeto de todos los valientes de la tierra, la serenidad con que el se-

(57)
nor jeneral Lamar ha rechazado todos los ataques á su flanco y aprovechado el instante de decidir la derrota. La bravura con que el señor jeneral Córdova condujo sus cuerpos y desbarató en un momento el centro y la izquierda enemiga. La infatigable actividad con que el señor jeneral Lara atendía con su reserva á todas partes. La vijilancia y oportunidad del señor jeneral Miller para las cargas de caballería, y el celo constante con que el señor jeneral Gamarra, jefe del E. M. J. ha trabajado en el combate y en la campaña.

El resultado de esta victoria, la mas brillante de las que los americanos obtuvieron durante su larga guerra fué la emancipacion total del Bajo y Alto Perú y el término de la lucha obstinada de la América con la España. Las pasiones de los contemporáneos han hecho emitir diversos pareceres acerca de esta batalla, pretendiendo, para empañar su brillo, atribuirle á muchas causas que no fuesen la alta capacidad del inmortal Sucre y la habilidad y valor de los jenerales y soldados. Opinion muy valida ha sido, entre los españoles, la traicion de Canterac y otros absurdos de igual jénero.

Cuando dos ejércitos igualmente bien organizados y mandados por jefes distinguidos luchan en una batalla, precedida de una larga y penosa campaña, en la que se han desplegado por ambas partes las mas brillantes maniobras de la ciencia militar, el triunfo no puede ser efecto de la casualidad, sino de la audacia y del talento premiados por la fortuna. El ejército libertador era menos numeroso que el de los españoles, pero de cuanto fuese capaz á pesar de esta inferioridad lo habia mostrado en su marcha desde cerca del Apurimac y especialmente en el paso del Pampas y en la retirada de Corpahuaico despues del desastre de la retaguardia.

Como no hay guerrero, por hábil que sea, que no cometa faltas en la guerra, los españoles cometie-

son la de ocupar, sin necesidad, las alturas de Condorcunea, en las que si no podian ser atacados, tampoco les era fácil á ellos atacar con ventaja. Para esto debian descender en formacion hasta el llano, lo cual era imposible especialmente para la caballeria y artilleria por sendas escabrosas; por lo mismo pues se vieron obligados á descender en desfilada á la vista de un enemigo intrépido, que se hallaba ya formado en linea, atento á todos sus movimientos para acometer donde fuese preciso, antes de dejarlos formarse cómodamente y armar toda su numerosa artilleria.

Empresas como las de la campaña y batalla de Ayacucho no se acometen ni acaban sino por ejércitos perfectamente disciplinados y dirigidos por jefes de saber, valor y constancia, á cuya cabeza se halle un hombre que reúna en sí el respeto y la confianza que poseía ciertamente en alto grado el héroe vencedor de Pichincha.

Las guerras europeas de principios de este siglo presentan célebres batallas, como las de Marengo, Jena, Austerlitz, Wagram, en que se peleó con furor, haciendo brillar el talento de los jenerales y el valor de los soldados; pero ninguna que fuese mas bella por sus resultados en favor de la humanidad, por la causa que triunfó, por el patriotismo y constancia de los vencedores, por las circunstancias que la acompañaron y por la magnanimidad que el caudillo victorioso desplegó para con los vencidos. Un novelista romántico que hubiese querido describir una batalla que sorprendiendo la imaginacion del lector no lastimase su sensibilidad con la pintura de esas abominables matanzas, en que se sacrifican á los hombres por satisfacer la ambicion ó servir al despotismo, no haria una descripcion mas completa para su objeto que la fiel y verdadera de la gloriosa batalla de Ayacucho.

FELIX DENEGRI LUNA
BIBLIOTECA

MAR 18 1956

*¡Gloria a sus ilustres ca-
pitanes*